
EL MUNDO DE LOS VESTIDOS

— Quien iba a imaginar que esto pudiera suceder, pero antes les contaré qué pasó en la NASA: Todos los científicos esperaban mostrarle al mundo su última tecnología: una máquina que podía desaparecerse a sí misma y también podía desaparecer muchas cosas y transportarlas de un lugar a otro. Todo estaba listo para la recepción, los periodistas de aquella nación no se podrían perder esta fantástica noticia y todos preparados con sus cámaras fotográficas y de video, no podrían desaprovechar esta gran noticia.

Pues la NASA decidió que sólo permitiría verla una sola vez, y como medida de seguridad el hombre no la vería más. Cuando el que se disponía a presionar el botón hacía la cuenta regresiva de diez a cero y poniéndole suspenso decía... tres, dos, uno, cero y hundió el botón que haría aparecer aquella hermosa máquina. Cuál fue la sorpresa cuando no apareció absolutamente nada, ninguna máquina se vio, los periodistas turbados pues el montaje fue muy costoso y... ¿Con qué le saldrían a los espectadores sobre este tema?

Esa fue la noticia y el hazme reír de la NASA. Los periodistas y los científicos pidieron disculpas mientras miraban qué había sucedido, pasó todo el día y no encontraron rastros de la máquina, buscaron espías que posiblemente hubiera entre ellos pero no fue posible y la máquina seguía desaparecida.

Pasado mucho tiempo, llamaron al inventor de la máquina y le propusieron que se preparara para hacer otra de nuevo.

Este hombre les contestó: — Acabé mi vida inventando esa máquina y no creo que tenga tiempo para volverla a hacer, si no la encuentran, nunca volveré a hacer otra, lo dejaré para otros científicos que vienen de camino.

— Pasaron los días y los años y la máquina no apareció. En Estados Unidos esperaban un ataque sorpresa pensando que algún enemigo la podría usar contra ellos y seguían pensando que el enemigo estaría entre ellos.

Al cabo de algunos años, en un lejano país llamado Rusia, algo inconcebible comenzó a suceder: Noche tras noche, se desaparecía la ropa de todos en aquel país, todo lo que fuera tela se desaparecía y en los roperos no quedaba absolutamente nada. Comenzaron a culpar a los Estados Unidos de Norte América, pues hasta allí había llegado el rumor de la máquina desaparecida.

El presidente americano envió con el debido permiso, a varios científicos para que observaran ese problema y efectivamente al otro día los científicos amanecieron sin ropa, sin qué ponerse en su cuerpo. Pasados no muchos días, en todo el país no había ni un pañuelo con que taparse y todos sin excepción estaban desnudos, aún los zapatos habían desaparecido.

Todos los rusos desnudos, muchos se enfermaron de hipotermia y murieron de problemas pulmonares.

Luego de que en Rusia no había ni una persona con ropa y en ningún lugar se halló un pedazo de tela, se comenzaron a desaparecer las máquinas, en una sola noche no había telares ni máquinas caseras que pudieran fabricar un vestido. También los campos sembrados de algodón desaparecieron.

El presidente de los Estados Unidos fue a Rusia y le llevó a su homólogo mucha ropa, puesto que lo encontró desnudo, le hablaron sobre el tema y el americano le dice: — Si, es cierto la máquina es de nosotros, pero nos la robaron y no sabemos quién la puede tener, y le reitera: — Unamos nuestras fuerzas para que podamos encontrarla, pues todos estamos en peligro. Así pactaron y el presidente americano se quedó allí esa noche, mas al otro día no encontró que ponerse y tuvo que viajar desnudo para su país, pues hasta las telas de las sillas del avión desaparecieron.

Cuando llegó a los Estados Unidos de América, le llevaron vestidos para que se cubriera. Les contó a todos lo sucedido, pero no trajo fotos ni videos pues allí estaba prohibido este tipo de cosas.

— ¡Qué pena con Rusia! Dijo el presidente americano.

Pasados pocos días por las calles de Manhattan, aprovechando el rumor sobre el tema de las telas, todos se ponían lo mejor de sus trajes y pensaban que posiblemente

también a ellos les pudiera pasar, se comenzaron a oír gritos por todos lados, las mujeres, los hombres y los niños buscaban la forma de taparse, pues allí no pasó como en Rusia que la ropa se desaparecía mientras ellos dormían, a estos la ropa se le desaparecía mientras estaban caminando por cualquier lugar.

Eso fue un caso indescriptible, inconcebible, no podría explicar la reacción de las personas con pudor de ese país. Paso a paso, momento a momento, ocurrió esto en todo el país americano y lo mismo que sucedió en estos dos países, fue sucediendo en todo el mundo. Este hecho sin precedentes cambió la cultura mundial. Pero todos seguían pidiendo una explicación de lo sucedido.

Muchos quedaron sin empleo, las modelos ya no tenían que hacer, parecía que esos dos trapitos que se ponían eran la clave de la atracción de la gente, ya las miraban común y corriente y hasta los cuerpos de muchas personas eran más hermosos que el de las mismas modelos.

Pasó el tiempo y nadie se atribuyó este hecho, el científico que tanto tiempo se gastó construyendo esta máquina, ni siquiera pensó en volver a construir una de nuevo. Fue muy triste para él no saber dónde y quién podría tener la máquina que hacía las cosas invisibles.

En una ocasión en la NASA, ochenta científicos estaban reunidos con el fin de aprobar un proyecto: Cómo poder controlar el mundo. Mientras ellos discutían sobre el tema, la

empleada de oficios varios entró y casi sin poder hablar, con sus manos les indicaba que miraran hacia afuera: ¡Cuál fue la sorpresa, cuando vieron la tierra desde la distancia!

Cuando llegaron a la ventana, vieron el vacío y observaron el círculo de la tierra en su totalidad, estos ochenta hombres que querían dominar al mundo se volvieron vulnerables y sin saber qué hacer en medio del espacio. El edificio en que estaban, ya sumergido en el aire, ellos veían la tierra, pero no los podían ver a ellos. Y en la tierra, estaba todo convulsionado, vieron aquel terreno limpio, sabiendo que unas horas antes estaba uno de los edificios más fuertes y seguros del país, y dijeron: — Ahora somos nosotros los que vamos a desaparecer.

Esta gran mole de acero y concreto suspendida en el aire con aquellos ochenta científicos y su empleada se alejaban más y más.

Luego la máquina se detuvo, y en un abrir y cerrar de ojos, todos tenían una barbas largas y sus uñas habían crecido como nunca lo habían visto.

Uno de ellos dijo: — ¿Qué es esto? ¿No sólo hemos viajado en este edificio sino también en el tiempo?

Luego la nube que los cubría se fue disipando y dejando ver algo, se fue alejando, hasta que vieron casi en sus narices, un planeta. Y dijeron: — ¡Vamos a chocar con eso!

Lentamente fueron bajando, y al estar seguros, como si estuvieran en tierra, uno de ellos dijo: — Ya nada se nos hace raro, con todo lo que nos ha pasado, pero no sabiendo lo que les esperaba.

Comenzaron a verse telas, telas y más telas y dijeron: — ¡Oh Dios aquí están todas las telas de todo el mundo! Estos hombres como habían viajado tanto, podían reconocer las telas de cada país.

Pero lo maravilloso es que estas tenían movimiento por si solas, ya no eran inertes como en la tierra, y pasaban frente a ellos danzando, ellos no entendían que esto era el protocolo para recibirlos.

Estas ochenta y un personas no podían creer esto, sus piernas temblaban y era una expectativa insoportable, de pronto, se ve algo a la distancia y se comienza a dejar ver una silla muy elegante y cuando se acercó, se posó frente a ellos, como si fuera el trono de un rey.

En la silla sólo estaba un pantalón de hombre, impecable, como si fuera un sello de autoridad. En ese momento a nadie le salían las palabras, de pronto se deja ver otra silla delgada, de un hermoso diseño y en ella un vestido casi indescriptible por su belleza, era el vestido de una reina, y del pantalón salió una voz... — Hola amigos, les doy la bienvenida al planeta de los vestidos.

La mente de ellos no podía más, esperaban que de ese vestido saliera un ovni, un marciano para descansar y cumplir el sueño de todos los hombres, de ver a los extraterrestres. Pero para su sorpresa, no fue así. Los abanicos de tela estaban frente a esas dos preciosas sillas en posición de seguridad y otros vestidos como un ejército cuidando que nada pudiera pasarle a aquellos de los dos tronos.

Luego de un instante, del pantalón salió nuevamente una voz, y dijo: — Me retiraré un momento para descansar y luego vendré, quería cerciorarme personalmente de que hubiesen llegado bien. Y además para que cuando vuelva ya estén más tranquilos y hablemos con mucha más calma. Así se retiró el rey pantalón.

Uno de los ochenta y uno dijo en su mente: — Si pudiera describir el silencio lo haría, pues con lo que aquí sucede, no habría como describirlo, hasta me acuerdo de las palabras del poema de APPO-YARCE, cuando dice: — “El silencio me habló, y me heriste cuando escondiste tus palabras”. — Quisiera que alguien me hablara, pero esto no fue posible. Y ya vendrá aquel pantalón otra vez a hablarnos.

Al cabo de un buen rato, se comienza a ver mucho movimiento de seguridad, entendimos que venía alguien, efectivamente, era ese trono hermoso y en él, el pantalón, llegó hasta nosotros, se posó de frente, esta vez no vino la otra silla donde estaba el vestido hermoso de mujer. De aquel trono sale una voz, o más bien del pantalón, y dice: — Yo aquí en este planeta soy el rey por méritos, y les ruego que no se dirijan a mí con palabras despectivas pues no quiero usar lo que aprendimos

de ustedes en la tierra para lo malo. Ustedes me van a oír en silencio, y si alguno quiere dirigirse a mí, levante la mano, dijo el rey pantalón: — ¿Estamos de acuerdo?

Ellos todos agacharon la cabeza en señal de respeto y aceptación.

— El rey dijo: — Nosotros nos hemos rebelado contra ustedes por muchas razones y aprendimos todo lo que hicieron durante su existencia desde el mismo momento en que comenzaron a fabricar las telas y los vestidos. Y les manifestaré el porqué de esa rebelión: — Nosotros éramos felices al vestirlos a ustedes y soportamos el maltrato que nos hicieron, pero llegaron al colmo.

Llegó el día en que nos juntamos todas las prendas y decidimos formar nuestro propio mundo, aprendimos todo de ustedes, pues cada prenda que destruían, las conservamos con el ADN para cuando llegara nuestro propio mundo. ¡Cual fue la alegría cuando supimos que iban a construir la máquina que transportaba las cosas de un lugar a otro de una manera invisible! Nos dijimos, llegó nuestro momento y así lo hicimos.

El rey pantalón continuó diciendo: — Miren allí. Cual sorpresa fue cuando vieron la máquina que buscaban y la impotencia para recuperarla, pero tampoco salió una sola palabra de ellos.

El rey pantalón les interrumpe y les dice: — Les seguiré contando el porqué de nuestra rebelión: Ustedes nos despreciaron, muchos en algunos países nos menospreciaban

y decían, fuera la ropa y se desnudaban en las ciudades y playas nudistas, caímos al piso sin ningún aprecio, nos pisoteaban sin piedad. Miren allí, la bandera de ustedes, la de su propio país, fue quemada varias veces para ofenderse los unos a los otros, como si la bandera tuviera la culpa de sus diferencias, ahí pueden ver las marcas de cada guerra.

Nos estratificaron, oíamos cuando decían, ese, o sea, con esa ropita no es nadie, mientras que en otros lugares, qué prendas tan finas y hermosas, cuando ya no nos querían las llevaban a un centro de donación para los pobres y ellos también nos despreciaban diciendo, esos ricos si se ponen cosas raras y feas.

No había lugar donde nos elogiaron, y después nos menospreciaban, en unos apartamentos de estrato alto una señora gritona decía, después de haber escogido dizque lo mejor, y lo peor lo metió en una bolsa sucia donde trajo la carne del supermercado. Y decía: — Ya se llevaron esos chiros viejos que metí en la bolsa, no se los vayan a dar a la trabajadora de servicio, o al portero no sea que algún día vea a esos andrajosos con esa ropa vieja.

— Esto nos dio a entender que necesitábamos otro mundo. Nosotros, todas las telas y las prendas alcanzamos a sentirnos orgullosos de vestirlos a ustedes sin importar el estrato, pero ustedes no pensaban lo mismo de nosotros, nos provocaron a celos sin piedad, y comenzaron a dañar la naturaleza.

Oímos a unas viejas encopetadas reunidas en el club, y una de ellas decía: — Mi marido está en Europa y me va a traer un vestido de piel de tigre, la otra dijo: — Y a mí me regalaron un bolso de piel de cocodrilo, y la otra como no se podía quedar atrás, le dieron unos zapatos de piel de culebra y otros de piel de cebrá; sólo en esas mujeres ya se habían matado como cinco animales de la selva, también el zapatero arregló unos zapatos con piel de cerdo y de gallina.

Eso no es todo, acabaron con la fauna, arrancándoles las plumas a las aves, dizque para hacerle sombreros a las esposas de los empresarios. ¡Quien las aguantaba!

El rey pantalón dijo: — Les haré una pregunta: ¿Qué ha pasado con la fauna en la tierra? Uno de ellos olvidó el protocolo de levantar la mano y con una gran vergüenza dijo: — Está destruida.

El rey pantalón siguió diciendo: — Ustedes con las nuevas armas geológicas lo cual no quieren contar al mundo, han hecho que los animales terrestres y las aves mueran, están desviando los vientos y las nubes para otros lugares cambiando el ciclo de la tierra, dejando que la naturaleza muera, con el fin de que sus propios hermanos los que están al otro lado de la cerca, se debiliten y le puedan echar la culpa a la naturaleza, nosotros somos testigos de que es así.

En un lugar habrá sequía, mientras en otro lugar las aguas inundarán y dañarán los caminos, como lo hicieron en Vietnam para cortar el camino y que ellos, los mismos seres humanos,

no pudieran avanzar por el lodo producido por el invierno provocado por ustedes, las ropas de ellos son testigos.

Y qué decir del huracán Catrina ya saben ustedes lo que pasó en su país, el enemigo de ustedes en retaliación, les envió ese huracán y cuántos muertos hubo, todos esos vestidos fueron incinerados vivos, a causa del horror de su pueblo.

Los campos de algodón se secaron a causa del verano, como si ustedes quisieran desnudarse los unos a los otros; pues ahí tienen, si eso es lo que quieren, eso les hemos dado.

— El rey pantalón no tiene rostro, pero nosotros solo oyendo su voz podemos imaginar un rostro con autoridad y enojo, que no nos atrevemos a interrumpir. Se dijo uno de los ochenta y uno allí presentes.

Luego dijo el rey pantalón: — Ven aquel personaje triste, se quiso venir a vivir con nosotros, no es otro que el gusano de seda, ¿Cuánto hace que no lo ven en las ciudades, o ¿Por qué creen que Dios lo puso? ¿Para que lo menospreciarán? Las últimas generaciones no lo conocerán. Y por no enseñarles el respeto, cada vez que alcanzan a ver alguno de estos hermosos animales, lo arrancan y lo destrozan para ver qué contienen por dentro, ¡Cuántos hombres sin casa y sin ropa por no conocer la paciencia y la sabiduría del gusano de seda! Además este inofensivo animal es el encargado de que tuvieran la tela más fina y hermosa de todas.

Quisimos ser abundantes para protegerlos del calor y del frío, pero muchos y muchas prefirieron salir semidesnudos provocándose los unos a los otros, no queriendo guardar la intimidad y el pudor.

Aunque ustedes no lo crean el pañuelo fue feliz, así recibiera lo que sale de su nariz y el olor de sus pedos. Pero desde que los hombres decidieron estornudar en sus propias manos, ya no cargan los pañuelos, en un colegio hicieron una encuesta para ver si los jóvenes tenían pañuelo, sólo dos lo tenían y ya se habían limpiado los zapatos del colegio con él.

En el estadio le preguntaron al del aseo, qué era lo que más se encontraba, él contestó: — Esa gente no deja sino pañuelos. Vieran la risa del pañuelo cuando lo levantaban, era como un niño cuando lo giraban en lo alto, pero cuando era tirado al piso y todo mundo lo pisaba y su dueño se alejaba, ustedes no se imaginan como lloraba. Cogieron al pañuelo de burla, unos contaban cuentos para hacer reír a otros: — Saben una cosa, en un juzgado llevaron preso a un sujeto dizque porque casi mata a un hombre con el pañuelo, el juez le dice: — ¿Es verdad esto? El sindicato contesta: — Si. Entonces muéstreme el pañuelo; dijo el juez. Este hombre se pasó la mano por la nariz y dijo: — Este es mi pañuelo. — Ahora ya no tienen excusa para no que ensucien sus manos sin el pañuelo. La camisa no los soportó más, habiendo agua para bañarse, se pasaban días sin quitársela y luego la metían en unos químicos para quitarle el mal olor. A los pocos días se desprendía con facilidad y le decían al mecánico, mientras la tiraban: — Ahí tiene para que limpie la grasa. — ¡Qué final tan triste!

Saben, aquí también hay manicomios, ¿ven la pañoleta que está allí en ese rincón? Esta muy mal, fue feliz mientras prendía del cuello de su dueña, pero su perverso esposo, un hombre malvado, la cogió y la puso en el cuello de su hijo de un año, hasta que lo ahorco porque no lo amaba, desde ese día la pañoleta está desquiciada y no volvió a sonreír.

Las medias no los soportan más, tras de que los protegían del sudor y del calor que produce el cuero, en la mayoría de los pies no faltaban los malos olores, y cuando llegaban a casa querían descansar como su dueño, pero no, este seguía caminando como escoba recogiendo toda la mugre del piso, hasta que se rompían y luego a la basura, decían ellas: — ¡Qué cuca de final!

— Al suéter sin haber hecho nada malo, lo metían encarcelado en los clósets. Una vecina decía: — Mira, ¡Que buso tan hermoso! ¿Cuánto hace que no te lo pones? Y contestó la dueña del suéter: — Ya hace como dos años, quien se lo pone con estos calores.

— La que lo observaba le dice: — Mira, pero ya se lo están comiendo las polillas, está roto. La dueña le contestó: — Tíralo de una vez a la basura. Afirmó el pantalón: — Si así fuera con ustedes cuando se accidentan.

Ah, pero los calzoncillos y los interiores de dama, sí son más sufridos, me contaron que muchas veces, estos perversos hombres y mujeres, entran a los baños y no se limpian, es más, no se lavan las manos cuando salen.

Eso no es todo, se tienen que aguantar todas las poluciones nocturnas y guardar silencio de todas las infidelidades que se hacen los unos a los otros, sin contar otras cosas y enseguida de premio cogen un cepillo de cerda dura y les dan y les dan hasta que los rompen, otra modalidad para acabar con un buen amigo. Ellos aquí están felices y dicen que por allá no quieren volver. Es por eso que hicimos nuestro propio mundo, los hemos traído a ustedes no para dejarlos acá, sino para contarles que los seres humanos, son los más desagradecidos y perversos que hay en toda la creación.

¡Ah! Y por ahí vimos unas películas referentes a este tema que se titulan: “La rebelión de las ratas”, “La rebelión de los perros”, “La rebelión de las abejas” y “La rebelión de la naturaleza” y ahora ya pueden hacer una película que se llame: “El planeta de los vestidos” o “La rebelión de las prendas”.

Ahora los llevaremos para que vean cosas nuevas. La edificación se movió y mientras avanzaban veían una ciudad hermosa, con los más bellos colores de la naturaleza. El grupo de los ochenta y uno, logró ver un lugar donde todas las telas danzaban conforme al lugar donde fueron creadas, pero algo raro vieron: allí, había muchos zapatos.

El director de la reunión levantó la mano y dijo: — ¿Qué hacen los zapatos aquí? ¿No sólo son las telas y los vestidos? El rey pantalón dijo: — ¿Para qué zapatos sin tener vestidos?

Además ellos siempre han estado con nosotros, en las buenas y en las malas, ¿O ellos se exceptúan del mal trato que ustedes les han dado?

Ellos oían cuando muchos decían: — Mi vida es un zapato, o sea, la vida no es nada.

— Otros decían: — Ese se casó con ese zapato de vieja. — ¿O han estimado a los zapateros? Que han dicho cuando la mamá le pregunta a la hija: — ¿Y en qué trabaja tu novio? Ella contesta: — Es zapatero. La mamá se voltea hacia ella y le dice sorprendida: — ¿Un zapatero? Eso lo dice todo.

— Cuando los emboladores entran a las cantinas, ahí mismo les dicen: — Salgan, salgan, fuera, fuera, el betún para los zapatos es como la cerveza para su dueño. — Según esto, los zapatos también tienen muy baja estima para ustedes. Dijo, además, el rey pantalón: — En el planeta tierra, ya no hay lugar para nosotros, vayan digan lo que vieron, tal vez algún día hagan una máquina y nos vengán a destruir, que es lo que saben hacer muy bien, tenemos en nuestras manos como poderlos desaparecer, pero aquí y por juramento, prometimos que sin haber necesidad, no les haremos daño.

El rey pantalón les dice: — Vayan a sus casas con los suyos y yo quedo con los míos en ese lugar donde vivimos felices, muy felices. Le hizo una señal a la prenda que manejaba la máquina y luego desaparecieron. En instantes estaban en el lugar de donde fueron tomados. ¡Cuál sería la sorpresa cuando lo supo todo el país y aún todo el mundo! Se acercaron para ver el

edificio y las personas, e indagar lo sucedido. Todos permanecían intactos, excepto las barbas y las uñas que fue la prueba de lo sucedido.

Se reunieron con el presidente y le contaron todo lo ocurrido, y este muy anonadado, reunió a todo su gabinete y... Crearon nuevas leyes, y se comprometieron a nunca más destruir la naturaleza por sencilla que fuera. En una valla muy grande que miraba hacia el cielo, pidieron perdón a Dios y a las telas que se fueron.

Se unieron todos los mandatarios de todas las naciones y como un solo hombre prometieron, no hacer armas de destrucción masiva, sólo armas para controlar el delito, así el hombre se dio cuenta de que no, porque no hablen las cosas, hay que hacer mal uso de ellas.

Comenzaron a revisar todo a su alrededor y vieron qué otras se estaban revelando: como el agua y también los vientos. Ah, y no queremos olvidar, lo que el rey pantalón también nos dijo, que no sólo el hombre habla, pues aún también los colores, y si no, ¿Por qué creen que con él se quería ir el negro? No lo quisieron llevar para no complicar más las cosas, pero sabemos que ha sido maltratado por el blanco y el día que lo ponían más hermoso, era sólo para los entierros, no lo menosprecien. No sea que los colores también se enojen y ¡Cómo sería la vida sin ellos!

El presidente de los Estados Unidos dijo: — Quien iba a pensar que las telas y los vestidos iban a aprender de nosotros y nos

exhortarían de esta manera. Y por último dijo: — Amigos vayan a sus casas, cuiden la tierra y desnudos sean felices.

APPO-YARCE